

Gabriel Albiac

# EN TIERRA DE NADIE

MEMORIAS

# ÍNDICE

<i>Prólogo. Antes de nada</i> .....	17
-------------------------------------	----

## PRIMERA PARTE UN BAILE DE DEBUTANTES

1. PRELUDIO EN LA COMPLUTENSE .....	21
Luz de otoño .....	21
Esa muerte que acecha en los paréntesis .....	23
Aquel otoño de la Complutense .....	24
El general que murió matando .....	31
La gran resaca .....	36
Primeras esgrimas .....	37
El Che ha muerto .....	41
Nada más que policía .....	43
Vísperas del 68 .....	56
2. PRIMERA RESIDENCIA .....	59
París, ajeno a todo .....	59
Otro mundo .....	62
Intersticios .....	69

3. PARAÍOS CLANDESTINOS .....	76
Pasteur .....	76
El solitario de Normale Sup .....	80
Grecia en la Mutualité .....	85
Vietnam en la Avenue Kléber .....	86
¿Fui libre, al cabo? .....	89
4. LA RESACA .....	94
Nostalgia del comunismo .....	94
Fui comunista .....	97
5. LA NAVE DE LOS LOCOS .....	103
Fin del mundo .....	103
69: el verano mágico .....	114
Chinos en Saint-Germain .....	117
Pasado medio siglo .....	121
De Cuba y otras vergüenzas .....	124
GAL: la orilla salvaje .....	127
¿Y quién demonios no era policía? .....	129
Ella .....	131

## SEGUNDA PARTE LA DERROTA

6. LOS NÁUFRAGOS DEL ROCKOLA .....	137
Siouxsie y los otros .....	137
Después de la aventura .....	139
Nada es peor que un discípulo .....	141
Huérfanos en la noche .....	143
7. SEGUNDA RESIDENCIA .....	146
Nieves de antaño .....	146
Rue Richelieu: Sala de Raros .....	147
Forajidos de leyenda .....	150
<i>Dead man walking</i> .....	155

¿Existió alguna vez Hélène Rytman?	161
Recordar a los muertos	166
8. Es SOLO <i>ROCK AND ROLL</i> : SINAGOGAS, ISLAS, CÁTEDRAS	172
De héroes y de heroínas	172
Balance	175
Una isla en el Egeo	176
Varado en Ámnisos	183
El príncipe bajo la lluvia	189
Volver, de nuevo	196
La extraña sinagoga	197
La vida en otro sitio	200
A punta de revólver	207
9. <i>EL MUNDO</i> O EL DECLINAR DEL SIGLO	209
Lo que queda de <i>El Mundo</i>	209
GAL: el juego más imperdonable	211
Una suma de horrores	214
Desaparecidos	219
Pedro J.	222
Dos cabezas	224
El muro	226
Al final de Unter den Linden	230
Berlín a la luz del día	242
Coda en la muerte de Erich Honeker	246
Rumanía al garete	249
Bucarest: donde solo sombras	252
Un diario en Bucarest	258

TERCERA PARTE  
QUE LA VIDA IBA EN SERIO...

10. CÁMARA OSCURA	275
¿La vida?	275

	Cine, primera patria .....	278
	Los comunistas: elogio y paradoja del clandestino ...	281
	El cartel rojo .....	291
11.	DÍAS PLÁCIDOS EN MONSIEUR-LE-PRINCE .....	296
	Emilia ha muerto .....	296
	Últimas margaritas con Fernando Laso .....	304
	Los pocos amigos. O el viaje a Alcazarén .....	306
	París para <i>flâneurs</i> .....	312
12.	CHILE, SIN RETORNO .....	319
	Veinte años, nada .....	319
	Breve <i>flash-back</i> masónico .....	324
	Lo que queda de Allende .....	325
	Las grandes alamedas del olvido .....	328
	Malas costumbres .....	331
	Los últimos del naufragio .....	334
	Un viaje a la Isla Negra .....	336
	Un adiós .....	342
13.	NY Y EL FIN DE <i>EL MUNDO</i> .....	345
	Otro 20-N .....	345
	Espectros en Chinatown .....	345
	La ciudad del recuerdo .....	348
	La ciudad inverosímil .....	351
	Una capilla ante el infierno .....	355
	El fin de <i>El Mundo</i> .....	360
14.	EL VIAJE A ORIENTE .....	363
	Sin multiplicar el mundo .....	363
15.	¡ALBIAC, JUDÍO! .....	370
	Yenín en la Complutense .....	370
	Fuego cruzado .....	373

11-M. Ganó Al Qaeda .....	376
Dice verdad .....	380

CUARTA PARTE  
OTRO SIGLO, OTRO MILENIO: LOS AÑOS *ABC*

16. ATARDECE .....	385
La antesala .....	385
17. EL AÑO 2015. ENERO .....	399
Yo soy Charlie .....	399
Enterrar el 68 .....	401
Después de Charlie .....	404
18. EL AÑO 2015. NOVIEMBRE .....	407
París, guerra y silencio .....	407
Saint-Denis, corazón de ¿Francia? .....	410
Bárbaros a las puertas .....	411
19. CONVERSACIÓN EN TEL-AVIV .....	413
En la última orilla .....	413
El sueño de Jerusalén .....	414
Un envite metafísico .....	418
Un antisemitismo teológico .....	421
20. ÚLTIMO CAVIA EN LA BIBLIOTECA .....	424
Fin de viaje .....	424
<i>Epílogo</i> . No estuvo mal .....	433
Las luces .....	433
Los grillos de Jamaica .....	435
Diez días al año .....	438
Después de todo .....	440

## PRÓLOGO

### ANTES DE NADA

**C**ambió el mundo. Como habíamos proclamado tantas veces, hace medio siglo, que acabaría por hacerlo. Cambió a peor. Como nunca habíamos aceptado soñarlo, aunque algo en nosotros lo sospechara.

Era el año 2020. Al modo de una de aquellas malas películas de futuro-ficción que tanto habíamos despreciado los de verdad cinéfilos, el planeta había sido confinado. El planeta.

Mirábamos la calle vacía desde detrás de los cristales. En mi caso, sin miedo y sin esperanza. Yo iba a cumplir setenta en esa primavera. Ser juguete de miedo o de esperanza a esa edad es ser imbécil. Todo cuanto te llega es ya regalo. Bello o grotesco: regalo. Como tal debes tomarlo. Ni regocijo ni pena.

La ciudad era, fuera, un prodigioso silencio.

De la nueva peste que nos venía de China, me hería, claro, la dosis de muerte que, un día tras otro, reflejaban los comunicados oficiales. Sabía que no era nuevo, porque había leído a Tucídides, y a Lucrecio, y a todos los que después dieron versión literaria a la forja del mito de la peste, que es uno de los mitos constituyentes de lo humano: la constancia de que un hombre no es mucho más que una mota de polvo en el cruce de vientos asesinos que anuda el huracán infinito. Quizá, bastante menos. Como ahora. Como siempre.

Mentiré si dijera que mi vida —la mía— era desagradable en esos largos meses. Compartía un espacio benévolo. Disponía de una biblioteca que, aunque no era la mía, era excelente. Conmigo, una mujer a la que amaba. La misma con la que había recorrido el mundo durante los últimos veintiún años. Encerrados ahora. El mundo, ese amasijo de desasosiego, quedaba del otro lado de un escaparate hermético.

Claro que, de ese otro lado del cristal, en ese mundo de pronto inaccesible, estaban los pocos a quienes amo. Mis hijas y su madre, a veinte minutos de un paseo que era tan infranqueable como aquel muro que conocí en el Berlín de 1979. Pero estaban a salvo. Tanto como yo. Y a nuestros desasosiegos, al otro lado del teléfono, los consolaba eso. Excluir todo lo exterior de nuestras vidas tiene ventajas inmensas. Aunque haya, claro está, que pagarlas a un precio caro. No hay otro modo de pagar la vida.

*En tierra de nadie* nació en ese oscuro sosiego. El que da la constancia de que la vida va acabando. El que impone la conveniencia de contar a uno mismo quién fue aquel del cual ahora se ha casi olvidado. Recordar sus olvidos: a eso se reduce el balance final de un hombre.

Han pasado dos años de escritura. El virus permanece. Y yo cargué de él con mi parte. Pero, de aquella rememoración de olvidos, esto queda: la huella de otro mundo. Que no retornará. Nada retorna, después de todo, «después de tanto todo para nada».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> José Hierro, «Vida».



PRIMERA PARTE

# UN BAILE DE DEBUTANTES

*But we're absolute beginners  
With eyes completely open  
But nervous all the same...  
Just like the films.*

## PRELUDIO EN LA COMPLUTENSE

Madrid, otoño-invierno del 67

### LUZ DE OTOÑO

Deben de ser las cuatro y media de la tarde. En el sueño que no recuerdo, en la realidad que puede no haber existido, en mi pasado que es nada.

Octubre: las clases, en la Complutense, comenzaban en octubre por entonces. «Entonces» es 1967. De antes de ese día, con exactitud, nada sé. O tan solo retazos desleídos, que ni siquiera atisbo, ni me interesa atisbar, si estoy inventando: los doy por falsos y los desecho. Aunque haya, alguna vez, de detenerme a fantasearlos. Pero, a partir de esa tarde de luz que cierra una eternidad ya muerta, Madrid me va a ser revelado sin cura ni huida. Alzo allí acta del único hogar que aceptaré: fósil, exento a vuelo y tiempo, que acecha inútil en su hermético estuche de cristal dorado. Ser dios o cosa; nunca hombre. *Copyright: Aristóteles.* En cliché negativo.

Deben de ser, pues, como las cuatro y media. Yo tengo diecisiete años y cinco meses. En una llamarada iniciática, comprendo que ya todo quedará así. Eternamente. Lo acepto y me sumerjo en la inmóvil torrentera. Parménides se impone a Heráclito: el estático ser, al cambio.

Es el origen: el tiempo sin tiempo, en el cual todo es visto y nada rozado. Algunos llamarán a eso el tiempo de lo sagrado, el no tiempo. Pero este indefinido espectador de sueños que escribe ahora, hace ya mucho que dejó de pensar en cosas tan complicadas. Y en dar a nada nombre. Eso concierne a los dioses: él sabe que no lo es. A pesar de todo.

No quise más hogar que esa luz. Ni más familia. Lo supe aquella tarde de 1967. Madrid, Ciudad Universitaria. Hace ahora un poco más de medio siglo. Nada más cuenta.

Y el que se mueve en la escena soñada tiene diecisiete años. Más cinco meses. Origen de lo inmóvil.

La luz se miente cálida; pero no, ya no es apenas tibia esta luz del Madrid de octubre: irisa solo paraísos, engañosos y bellos como todos los dioses falsos, los únicos a los que amé con perseverancia en la tormenta de mis singladuras. Y la irisación importa. Solo. Guadarrama, la sierra cuyo nombre miente leyendas, en el horizonte de la Ciudad Universitaria, pondrá raya a la última luz. Y será solo un demasiado medido artificio visual de Storaro. El filo *fauve* de ese sol, que declina, está recortando la irreal geometría de los setos —aún no reseco basurero, como lo son ahora— que amurallan el jardín en torno a la Facultad de Letras. Complutense, cristal ya en mi retina para siempre. El autobús, que tomé en Moncloa —creo que era el 62, llamémosle así, «el 62», da lo mismo— se detiene en la última parada de su recorrido circular. Bajamos. Pasado el cuello de botella, se bifurca en dos senderos: a la diestra, Derecho; a la izquierda, Filosofía y Letras, mi camino. O mi encierro. A perpetuidad.

Pero yo, en este primer día de universidad, me he detenido en el vértice de la bifurcación. Y, conmigo, se han detenido los que conmigo bajaron del autobús azul, que ha reiniciado enseguida su perpetuo bucle y se aleja ya por la Avenida Complutense. Frente a nosotros, al otro lado de la carretera, allá donde se abre un solar de escombros superpuestos al que pomposamente llaman Paraninfo (en griego, *paraninfo* es «el que acompaña a la novia», o sea, el padrino de bodas, aunque su función fuera la de vigilante litúrgico

del lecho nupcial: no está mal para este basurero), un grupo de media docena de tipos, de edad y aspecto similares a los nuestros, apedrea con entusiasmo a un par de *jeeps* de la Policía Armada. Lo impensable. Lo impensable para mí, que acabo de llegar de Málaga y de los años tediosos —ni siquiera dramáticos, eso hubiera sido un lujo inapropiado— de un colegio marista. También de aquellos siete años se desescombró mi memoria: nada me ha quedado de ellos; quizá estuvieron vacíos; quizá, lo más probable, lo estaba en ellos yo. Es lo que cuenta, lo que cuento, lo que puedo contar: su olvido. No dejaron huella.

Un recuerdo hilarante, sí. Los frailes tenían la ominosa costumbre de controlar quincenalmente los resultados de sus alumnos, rigurosamente jerarquizados en sus calificaciones. Durante todo el curso de Preuniversitario fui —con la sola excepción de una quincena— el monótono primero de la clase. Y, durante todo el curso, a cada lectura de los preciados honores, el hermano mayor estallaba en cólera: «Albiac, muy mal. Usted no acabará bien». Mis colegas de curso alucinaban. Pero ellos no sabían ni que yo era rojo, ni que hacía ya un buen tiempo que la creencia en un Dios me daba risa. Parece que el hermano mayor sí lo sabía. Y que me veía ya como lo que iba a ser yo insoslayablemente: carne en la tostadora de Satán. Confieso que, en aquel entonces, semejante gilipollez me hacía sentirme alguien. Y, en efecto, Albiac no acabó bien. Por suerte.

## ESA MUERTE QUE ACECHA EN LOS PARÉNTESIS

Un paréntesis. El vacío, de pronto, que marca un golpe imprevisto cuando acabo de ponerme a escribir.

Hoy, 2 de noviembre. 2021.

No sé siquiera cuándo. Sé que ha muerto. Lo leo en la pantalla sin más precisiones. Sin ninguna. «Antxon, que se nos fue de este mundo...». Nada sé. Cuándo, cómo... Nada de eso ya importa. Nada. Un texto anónimo me dice que Antxon ha muerto.

Éramos tres en el colegio. Entre los catorce y los diecisiete años. Tres. Lo demás no existía. Ni frailes. Ni compañeros. Tres críos que, a los quince años, descubren, en la Málaga sesteante de mitad de los sesenta, el arte de la discusión. El arte.

En largas caminatas a la salida del colegio y del cine, el debate con Antxon y Fernando me hace, por primera vez, reparar en el seductor laberinto de las palabras. No saldré ya de él. Lo llamaré filosofía muy pronto. Por entonces, es solo el placer de intercambiar frases como espadas de duelo: asestar interrogaciones allí donde todos los otros solo repiten respuestas.

Las primeras lecturas de Camus, de Sartre, de Dostoievski, Cernuda... Las primeras películas de Bergman, de Fellini, de Truffaut, de Antonioni... Todo nos era materia para alzar un mundo al margen del estúpido mundo en el cual vivíamos. Todo lo que tanto molestaba al director del colegio.

Luego, a los diecisiete, cada cual habrá de seguir su camino. Fernando en la Universidad de Granada. En la Facultad de Medicina de Pamplona, Antxon. Yo, engullido por la Complutense. Puede que nos hayamos visto —nunca los tres juntos— dos o como mucho tres veces en este más de medio siglo. No importa. O sí. Importa que, en esa distancia, nada se haya jamás modificado.

La amistad es extraña. Es la distancia quien la blindo. Y la hace hermética. Y la instala en una intemporalidad ajena a este mundo. Invulnerable, en un no-tiempo que le salva del deterioro.

Un paréntesis. O sea que no fueron, al cabo, tan sin huella aquellos años. La huella se preservó en el sello del olvido.

## AQUEL OTOÑO DE LA COMPLUTENSE

Vuelvo a 1967. Y a la Complutense, a cuyo océano de esperanzas me arrojé, sin siquiera sospechar hasta qué punto son ilusorias. Los *jeeps* policiales. Los jóvenes que los lapidan. Ahora, cuando recuerdo a aquella media docena de cuadragenarios en uniforme gris,

apedreados dentro de sus propios coches, me da entre risa y pena. Pero es que ahora sé que he visto muchas otras cosas. O, tal vez, las mismas con otros ojos: a eso llamamos «otras cosas». Pero es que cosas, cosas de verdad, hay tan pocas...

He visto. En otros tiempos. En otros. Mucho más tarde. En otro mundo. Que no existe ya. Yo, tampoco.

He visto.

Demasiado.

He visto.

He visto a los Servicios de Orden de la Liga Comunista cargar, bajo el mando de Michel Recanati, contra los escuadrones de CRS<sup>1</sup> frente a la Mutualité en París: combates de igual a igual, de los que cualquier hombre de cualquiera de los dos bandos —¿o eran bandas?— podía salir por igual tullido para siempre. Ejército de jóvenes bien entrenados, casco integral de moto, hombreras y protección de jugadores de rugby, palos de kendo, contra uniformes negros acolchados, cascos reglamentarios, visera, escudo, lanzagranadas de gas lacrimógeno, culatas de fusil, porras duras como bates de béisbol... Combates de tú a tú entre por igual especialistas. Recuerdo haber llorado, veinte años más tarde, al volver a ver aquellas escenas en una película de Romain Goupil: sala vacía en la rue Cujas de París, tres espectadores, contándome a mí. Barrio Latino. Y, aún mucho más tarde, creo que fue el mismo Goupil, ya otro, quien dio con el título brillante y amargo que debiera servir de exergo colectivo a nuestras memorias: *La derrota supera todas nuestras esperanzas...*

Pero esos choques sucederán en el París de 1973 y en otra galaxia. Apenas seis años después de aquel desembarco mío en la Complutense, desde Málaga y desde el cáncer terminal de mi madre. Y será ya otro mundo. Los polis de aquella tarde de octubre, a

---

<sup>1</sup> Los CRS (Compagnies Républicaines de Sécurité) son el cuerpo encargado de reprimir las manifestaciones en Francia.

la orilla del basurero o Paraninfo, llevaban tristes gabanes grises raídos, gorras mugrientas de plato, eran viejos, gordos, lentos. Sus arqueológicos *jeeps* carecían de rejillas protectoras: los primeros adoquines hicieron astillas las lunas. Cuando, casi una hora más tarde, llegó el precioso apoyo de uno de los legendarios «botijos» de aquellos años —camiones-manguera cuyo renqueo presagiaba derrumbe— el flácido chorrito, expelido metro y medio por delante de sus parabrisas, tenía el triste aire de un octogenario prostático. La hilaridad de los jóvenes lapidadores subió varios grados. Me uní a ellos. ¿Qué otra cosa podía hacer? No conocía a nadie. Sabía que eran los míos. Aunque, de mí, yo no tenía la menor idea de quién fuera. Había cumplido en aquella primavera los diecisiete. Y nunca se me había pasado por la cabeza que pudieran existir otros de mi edad que desearan lo mismo que yo y con la misma violencia, que fantasearan con mi misma quimera: jugar solo a ser libres. Jugar. Sí. A ser libres. Que es el único modo humano —el único modo para los no-dioses— de serlo. Eso, que hoy es lo único que de verdad he llegado a saber, ¿lo sospechaba ya entonces?

Enterré mi pasado aquella tarde de la Complutense. Bajo varias toneladas de rencor y de cemento. Nací —decidí nacer— en ese octubre madrileño del 67. Lo de antes no existió. Nunca. No existirá, por tanto, su recuerdo. Habré de inventarlo cuando sea indispensable. Si llegara a serlo. Pero es falso. Quede constancia de eso.

De casa a la Ciudad Universitaria y al autobús azul: tres cuartos de hora apenas. Cada mañana. Durante cinco años. Pero ¿a qué estoy llamando «casa»? ¿Tuve alguna vez yo una? ¿La tendré?

De Ventas a Moncloa: metro con un transbordo en Sol, o bien con un par de transbordos en Goya y Argüelles. Las cinco pesetas matinales pagaban el billete del metro y el periódico: a eso se reducía mi peculio; y a lo justo para comer, de vez en cuando, en los comedores universitarios. Diez o doce estaciones de metro. Solo. Tres cuartos de hora, como mucho. Para emerger en otro planeta. Y retornar a casa, cada noche, era volver a las tinieblas.

Cada mañana, en aquel curso del 67, muy temprano, lo más temprano que podía sin que se hiciera demasiado explícita la huida, salía de la casa en donde mis padres dormían aún, tomaba el metro en la estación de Ventas: escapaba a los sollozos, al doble tormento del cáncer y la locura sobre el cuerpo roto de mi madre, al gesto taciturno de un padre sin ya más vida que la de hacer ir tirando los automatismos de una domesticidad imposible. En la barata cartera negra de plástico, entre folios y más folios de apuntes, no era difícil disimular un taco no muy grande de panfletos. Tenía miedo. Demasiado. Lo cual, puede ser que no sea decir mucho. Pero ¿en qué otra cosa hubiera podido hallar un sorbo mínimo de aire no completamente corrompido que no fuera en aquel miedo? Fue lo mejor. De mi vida. Lo cual no es decir nada. No, no tengo la menor duda ahora, cuando todas las fantasías —otros habrían dicho «ideales»— de aquellos años del gran sueño se pudrieron, como se pudre todo en esta vida, que es solo la red completa de las putrefacciones (*copyright* aristotélico, de nuevo): sin clemencia, sin un gesto de piedad siquiera.

Mi casa. No. La casa de mis padres. Ventas. Calle Bocángel, ático de unos sesenta metros cuadrados. Terraza con vista abierta sobre el patio de la cárcel de mujeres: monumento franquista de gris cemento y mugre.

Le hubiera podido resultar, aquel estudio, lugar grato a un solo habitante con medios para reformarlo a su gusto. Éramos tres. Sin un céntimo. Luego, al cabo de cuatro años, mi madre murió: fin de una larga agonía que había empezado en la Málaga de 1962, cuando yo tenía doce. Nueve años de ir muriendo devoraron por igual mente y cuerpo en ella. En mí, solo mente.

Los cinco años en el ático de Ventas fueron tiniebla. En la misma medida en que esos cinco años en la Complutense fueron luminosos. Todo era cuestión de horario: desolación desde las ocho de la tarde hasta las siete de la mañana, exaltación de diez a diecinueve. En medio, el metro. En mi memoria quedan compartimentados como dos tiempos y dos mundos muy distantes. Sin pasarela



entre sí. Sé que la pasarela eran cuarenta y cinco minutos largos de transporte público. Pero, aún hoy, no consigo transitar con fluidez de un universo al otro.

Ventas, sucursal del infierno: una burbuja de dolor, en la cual el imperio de la enfermedad lo devoraba todo. Padres: gentes de vida rota. Sin recomposición posible. En esa imposibilidad construyeron identidades abismáticamente desesperadas.

Vidas rotas. Por la guerra, primero.

La guerra.

Que hizo de un joven militar con prometedor carrera, iniciada siendo un crío en África, el perpetuo desempleado a la caza de trabajos perpetuamente ocasionales, porque, ¿para qué sirve un soldado que ha perdido su guerra y al que solo el azar salvó —¿salvó?— del pelotón de fusilamiento?

La guerra.

Que hizo, de una señorita capitalina y culta, la enmohecida maestra de párvulos de un pueblo glacial en la serranía valenciana. Allí vine a nacer yo, en 1950. Superviviente en una cadena de partos fallidos. La de mi madre fue una biografía rota. Por la guerra, primero. Enseguida, por la puta vida que se le llevó a una hija de cuatro años cuando yo, el único superviviente de su progenie, no había aún cumplido mi primero. Y, todavía sin haber salido del destrozo anímico de aquello, vino el cáncer. Pero, a la tan injustamente tratada por la vida Carmen Lópiz Galarraga, la devoró la melancolía tanto como su tumor. Más. Así me habrá de devorar la melancolía a mí, me he contado siempre, a modo de comunión legendaria. O coartada. La melancolía, único patrimonio de los de mi estirpe: amante fidelísima. La abrazo. Miento: nadie abraza voluntariamente eso.

Y la herida más honda de mi vida son los tres meses en los que compartí dormitorio con mi madre, recién amputada, en la casona al borde de la playa de mis tíos, junto a Cádiz. Yo tenía doce años y debía cuidar de ella cada noche. La locura había roto los últimos diques de su resistencia. Y a punto estuvo de romper los míos.

Huir a Madrid, a partir de la primavera del 67, me abrió a otro mundo. En realidad, a dos. Incompatibles.

Entre 1967 y 1972, cada noche yo retornaba, desde la constelación de ensueños que había dado en ofrendarme la Ciudad Universitaria, a la familiar madriguera angosta en Ventas. Nada contaba allí de aquella ajena maravilla que sucedía al otro extremo de la línea del metro. ¿Para qué alimentar más aún el miedo que había acabado por ser el solo oxígeno que mantenía las vidas de aquellos dos seres rotos por la negra fortuna de este país nuestro?

Cada noche también, o más bien cada medianoche, en la misma vieja radio de siempre, más reliquia de chamarilero que artefacto funcional, el militar vencido se afanaba en sintonizar la BBC de Londres, onda corta, en una agria tormenta de chirridos y chisporroteos que había formado parte de nuestras rutinas, tan lejos como llegan las fragmentadas imágenes de lo que fue mi odiada infancia. Igual ruido de chatarra oxidada cada medianoche: en Utiel, primero; luego en Málaga; en Madrid ahora. La misma radio de madera de olivo y baquelita color crema, la misma pantalla de vidrio que motean horizontalmente nombres de ciudades inimaginables que un dial rojo recorre, idénticas las interferencias, igual de inconsistentes los anhelos, cada año más escépticos sus receptores, más fatalmente resentidos.

No fue lo peor haber perdido la guerra. Ni siquiera, haberla perdido once años antes de nacer. Lo que de verdad destruyó nuestras vidas —las de todos, mi familia en esto no es más que anécdota— fue nuestro empecinamiento en repetir, en repetirnos, que la guerra no había terminado; en hacernos fuertes en la mentira, si no de un palacio de invierno, sí al menos de unos cuarteles invernales, de los cuales saldríamos un día, en muchedumbre abrasadora, para asaltar el cielo que nos era merecido. Pero no era un palacio, el nuestro; no era un cuartel de invierno siquiera; era un apartamento de apenas sesenta metros cuadrados con vistas al carcomido cemento de la prisión de Ventas. Una cárcel asomada a otra cárcel. Lo sabíamos. Sabíamos que nunca íbamos a confesarlo en voz alta:

la soledad de los desesperados es inmaculada, nada debe violarla nunca. Y, de algún modo muy preciso, sabíamos que aquella casa era una tumba. Que era sagrada, pues.

A la mañana, temprano, lo más temprano que podía hacerlo sin inquietar a mis padres, yo entraba en la boca del metro que está frente a la Plaza de Toros. Huía.

Huía del cáncer y de la locura: lo que acechaba siempre y no era soportable. De la ausencia de vida. Tenía miedo. Demasiado. Y ese miedo era, al fin, lo único en lo cual no anidaba el doméstico aroma rancio de la muerte.

Fue lo mejor, aquella huida que enseguida supe permanente. De mi vida, de la vida. No es decir mucho. No, no tengo la menor duda ahora. Ahora, cuando todos los almacenes del gran sueño se pudrieron como se pudre todo en esta puta vida, que es nada más que la red completa de nuestras pudriciones: sin clemencia, sin gesto de piedad siquiera. Ahora. Cuando sé que las peores gentes iban a ser, al fin, los solos beneficiarios del sacrificio de esta que fue la mejor generación. Sin arrogancia ni retórica. La mía: la única que, en el sangriento siglo xx hispano, se limitó a perder su vida sin llegar a cobrarse la de los otros.

Mejor así. Porque así jamás le fue ofrecida la tentación ni la ocasión de vencer en nada: esa trampa infalible del diablo. Toda victoria envilece, todo vencedor es un asesino. O un verdugo. De sí mismo ante todo, pero no solo. Nada más que en soledad y en derrota vive el héroe: y fue la mía una generación que se quiso heroica, literariamente heroica. Nada más que la derrota y el silencio habrán valido la pena. Lo sé ahora. Pero lo sospechamos todos entonces. Sin decirlo. Lo que hiciera con nosotros después la vida, lo que hubiera de hacer con todos, nada cambia. Y nada importa. Servimos a una causa indecente. Y la servimos con el más pródigo derroche de decencia que ha conocido nuestro infame siglo. Ninguno de nosotros, de no haber sido así, se hubiera jugado jamás así su vida —tantos la perdieron— en una apuesta sin opción de ganancia. Nada que ganar; toda la vida en juego. Una especie de Pas-

cal al revés. Yo tuve suerte. Mucha. Otros, casi todos, no tanta. Algunos lo perdieron todo, ninguno salió indemne. No cabía dolerse: supieron, desde el primer día, que sería así. Mi precio, he de aceptarlo, fue muy bajo: no ser un héroe.

## EL GENERAL QUE MURIÓ MATANDO

Se me cruza, de pronto, una boutade de Sartre en sus últimos años. Alguien le está preguntando: «¿Qué queda del 68?». El viejo sonríe: «Yo». Tras el desplante hay una percepción profunda, de corte inequívocamente agustiniano: el tiempo de ayer existe solo en el presente del sujeto que lo evoca y que por él fue dolorosamente tallado. Cuando el último de los sujetos capaz de recordar como un presente ese ayer se extinga, entonces, solo entonces, habrá muerto aquel tiempo. Mientras tanto, el pasado existirá. En nosotros. Lo amemos, como Sartre amó hasta el fin el año 1968. Lo odiamos, como yo odiaré hasta mi tumba, los veinticinco años, seis meses y diecisiete días primeros de mi vida: los que preceden al 20 de noviembre de 1975.

Lo peor del franquismo fuimos nosotros: lo que el franquismo hizo de quienes en esos años grises nacimos y sobrevivimos. Aquellos que, aun detestándolo más que a ninguna cosa en este mundo, fuimos criaturas suyas. Aquellos que, aun para combatirlo desesperadamente, no tuvimos más lengua de referencia —más génesis subjetiva, por tanto— que la que aquella mediocridad insondable nos imponía. Así es siempre: lo imperdonable de toda dictadura es la deformación anímica con la cual marca. A siervos como a resistentes.

Y, al final, todos dimos en ser como el Agustín de Foxá del diálogo étlico —que tal vez solo sea legendario, pero eso da lo mismo, es lo legendario solo lo que cuenta a la hora de tejer las duras mitologías que inventan a un sujeto— con el General Franco. Bamboleante de alcohol y deslumbrante de ingenio, como siempre, el

escritor interpela al Caudillo en un anual festejo: «¿Sabe, Excelencia?, yo odio mucho a los comunistas, mucho». «Ya, Foxá, ya», responde el otro, con la estirada desgana del espartano a quien alcohol y brillantez verbal hastían, «todos aquí los odiamos mucho». «No, Excelencia, usted no me entiende. Yo los odio porque por culpa de ellos yo estoy con ustedes».

Medio siglo después, todo quedó invertido. Muchos motivos tengo para odiar el franquismo. Familiares: pero sé que eso no cuenta, y que tantos otros los tienen exactamente para lo contrario. Personales: los más difíciles de borrar, la mugre de nuestras infancias y adolescencias, fueran cuales hubieran sido nuestros orígenes sociales. Políticos... Pero ¿me importa un ápice la política ahora? Sería bastante ridículo hacer retórica con eso a estas alturas: nada que no sea un hastío primigenio me inspira hoy esa máquina de estafa moral y corrupción económica, a la cual es convenido dar respetable nombre de política.

Todo aquello es viejo. Puedo olvidarlo. Y hasta puede darme un poco de risa pensar en qué medida ejemplificaba yo otra de las genialidades que se atribuyen a Foxá, aquella según la cual el franquismo no sería más que una dictadura muy atenuada por la incompetencia: la incompetencia de la justicia militar franquista salvó a mi padre —militar de carrera republicano— de ser fusilado tras su condena a muerte por «rebelión militar» en 1939, once años antes de que yo viniera al mundo. Sin esa incompetencia, no podría hoy siquiera sonreír ante los versos majestuosos del Teognis que inaugura la lírica griega, hace dos milenios y medio, con un «lo mejor de esta vida, no haber nacido».

Odio hoy, de un modo irrenunciable, toda aquella siniestrez por una sola razón: por el tiempo que me forzó a robarle a mi vida para luchar contra ella. También por la inevitable cercanía de alguna turbia gente —otras, las más, eran gentes maravillosas hasta la casi santidad laica—, con la cual me vi forzado a aliarme en esos años y hacia la cual, alguna vez, pude creer sentir afecto.

Pero hubo una postrera herida.

Era el último sábado de septiembre. 1975. Y la noticia en la radio nos noqueó muy temprano. Habíamos interpretado mal las confusas noticias que siguieron al Consejo de Ministros del viernes, 26. Tal vez sencillamente quisimos engañarnos, pero Carmen Grimau y yo nos fuimos a dormir con la estúpida certeza de que a los once condenados a muerte les había sido conmutada la sentencia por penas altas de prisión. Franco se moría por momentos. Daba igual lo altas que fueran las penas. Todo iba a dar un vuelco en cuanto el dictador hubiera sido enterrado.

Y a la mañana siguiente, aquello. Lo por completo inesperado. En Burgos había sido fusilado Ángel Otaegi: tenía treinta y tres años. A su compañero de ETA, Juan Paredes Manot, alias Txiki, «el pequeño», lo fusilaron en Barcelona: tenía veintiún años. En Hoyo de Manzanares, pelotones de voluntarios, reclutados entre Guardia Civil y Policía Armada, ejecutaron a tres militantes del FRAP: José Luis Sánchez Bravo tenía veintidós años, Ramón García Sanz veintisiete, José Humberto Baena Alonso veinticuatro. Franco se despedía.

Yo tenía entonces veinticinco años; Carmen, tres menos. Por primera vez, los ejecutados no eran lejanos héroes de leyenda perdida en el tiempo mítico de la guerra. Nos los hubiéramos podido cruzar en cualquier manifestación, en cualquier mitin. Nos unía la más dura de las solidaridades: la de la edad. Eran de los nuestros. Aunque nada concreto compartiéramos con ellos, aunque nuestras convicciones estuvieran tan alejadas. Tres de ellos eran ligeramente más jóvenes que yo. Dos, ligeramente mayores. Era a nuestra generación a la que el general Franco había querido fusilar simbólicamente antes de ir a pudrirse en lo más hondo del Valle de los Caídos, ese maldito adefesio del cual no hubiera debido salir nunca, porque es el más fiel monumento al hedor de su dictadura.

No pudimos soportar quedarnos en Madrid aquel día. Alguien nos acogió en un pueblito cuyo nombre he olvidado. Apenas recuerdo nada de esos días. Solo que me emborraché y estuve enfermo. Y supe que este pobre jodido mundo no tiene remedio.

Iba a acabar el franquismo enseguida. En noviembre del 75. ¿Acabó? Juré no volver a saber nada de esa forma de criminalidad a la cual es eufemismo consagrado llamar política: hay otros nombres más adecuados para eso, pero todos dan, en diversos grados, sobre el código penal. La vida de un hombre es muy corta. Ahora, cuando los nombres de amigos que van muriendo empiezan a golpearme cada vez con más frecuencia, sé que aquellos años robados —que aquellos años que nosotros nos robamos a nosotros mismos por algo que juzgábamos con razón un deber moral irrenunciable— son lo peor de cuanto nos ha sucedido, de cuanto, al fin, nos impuso el franquismo: luchar a muerte contra él.

Los amantes de la poesía francesa del siglo xx —yo soy, es bien sabido, uno de ellos— recordarán quizá la anécdota: al final de su vida, Louis Aragon había perdido por completo la memoria. Es curioso el personaje. De entre los poetas franceses del siglo pasado, sin duda el de más extremo virtuosismo. De entre los sujetos morales de ese no siempre muy digno mundo, uno de los dos o tres menos recomendables. Traduje, hace cuarenta años, sus testamentarias *Chambres*, porque adoro su obra y me horroriza su estaliniana biografía. Sus últimos poemas —sin discusión, los mejores— solo hablaban de olvidar, de olvidarse, de borrar cualquier rastro del nombre tras el verso. Tal don le dio el Alzheimer. Tuvo suerte. Ojalá sea el tiempo tan piadoso con nosotros. Yo aún no lo he logrado.

Me tienta a veces un consuelo épico: pensar que ese dolor de ser, de haber tenido que ser, en medio de la acción política, en medio de lo más oscuro, es cosa para la cual no había cura en un siglo genocida como el nuestro —no, no un siglo genocida, el siglo, aquel que, en artes de exterminio, no admite ser comparado con ninguno—; pero sé que no es eso más que un consuelo; y que todo consuelo miente. Busco ahora hacer girar atrás el calendario: veinticuatro siglos. Y volver a aprender, con Epicuro, que huir de la política es la sola sabiduría del hombre libre.

Sí, odio mucho el franquismo. Que es nosotros.

Y cuando, en noviembre de 1975, llegó el momento de celebrar la muerte del general, ni siquiera ese consuelo nos fue dado. Porque al final, en aquel agotador otoño del 75, hubo tanto morir, que al final solo quedó ya hastío.

El cuerpo del general se había ido pudriendo, a lo largo de incabables semanas: las que sus impávidos torturadores familiares juzgaron convenientes, ellos sabrían para qué enjuagues sórdidos. Él, eso sí, se había dado el postrer gustazo, antes de ser enchufado a aquellas indescriptibles máquinas de tormento, de hacer cumplir sus últimos fusilamientos. No eran ya viejos enemigos en su maldita guerra civil. Eran cinco jóvenes de mi edad. Por diversos caminos —también por caminos errados—, su historia era la de todos los que, con menos de veinte años, nos habíamos aventurado al final de los sesenta por los sombríos vericuetos de la batalla clandestina contra su dictadura. Sí, por primera vez, aquellos fusilados eran de mi mundo.

Pero aquella maldita muerte del dictador duró tanto, tanto... Ni siquiera un monstruo como el viejo Caudillo del 39, ni siquiera un monstruo como el fusilador de septiembre, se merecía una tortura tan larga, tan cruel, tan refinada.

Y, al final, solo quedaba asco. Ni siquiera odio. Ni siquiera pasión de justicia o de venganza. Asco ante aquella piltrafa que lentamente se descomponía rebozada en hielo. Como un pez putrefacto en la salmuera de una infrecuente pescadería. Asco. Y, lo confieso aunque me cueste, piedad también. Nadie merece, nadie, que los suyos lo obliguen a morir así.

Cuando, al fin, en la madrugada del 20 de noviembre me despertó un amigo para decirme solo «pon la radio» —no hacía falta decir nada más—, me levanté, fui a la cocina, del refrigerador saqué una botella de asqueroso cava y me la bebí entera a morro. Por supuesto, me puse enfermo. Era todo lo que se merecía ya el voceado «acontecimiento histórico». Pura necrofagia.

Y, ya muerto Franco, todo siguió igual. No hay decepción más fuerte que la del advenir lo demasiado esperado.



Un recuerdo sombrío me vuelve al decir adiós a mis recuerdos del franquismo.

1975. Invierno. Correr con la embocadura de una metralleta a dos metros de tu espalda era una experiencia nueva. Guardias civiles persiguiendo, en los alrededores de la cárcel de Carabanchel, a los cuatro gatos que nos empecinábamos en gritar: «¡Amnistía!». Fue una de mis más postreras aventuras políticas. Preferiría no haber tenido que pasar por ella. Los vecinos se apartaban a nuestro paso. Con horror. Éramos un estorbo para ellos: traíamos el desorden y, tal vez, algún que otro golpe indeseado. A nadie se le hubiera pasado por la cabeza abrirnos una puerta, prestarnos asilo. Fastidiábamos. Y yo entendí, finalmente, lo que hubiera debido saber desde siempre: que estábamos solos. Que a nadie le importaba un carajo todo aquel cargamento nuestro de paraísos. Ni lo que aquellas metralletas pudieran hacer de nosotros.

## LA GRAN RESACA

Scott Fitzgerald fecha el cuento hacia 1939. Lacónico y conmovedor, narra el despertar de una prolongada pérdida del mundo. Tras una zozobra alcohólica de diez años, su protagonista pisa nuevamente las calles de Nueva York. La ciudad, en torno, no le es del todo irreconocible. Puede prever algunos de sus recodos, reconocer buena parte de sus comportamientos. Pero sus gestos son inadecuados, frágiles. El más leve imprevisto podría destruirlo. El joven acompañante que lo pasea por la ciudad le subraya la hermosa perspectiva de una de las grandes torres que hacen su mitología urbana. El hombre vacilante se extasía ante el esplendor geométrico del edificio: «Yo lo diseñé... Nunca hasta hoy lo había visto».

Me emborraché el día en que acabó de pudrirse el dictador en su cama de hielo y de salmuera. Eran las ocho de la mañana cuando me enteré y soy abstemio. Da igual. Tenía la botella preparada desde hacía dos meses. En realidad, la tenía preparada desde antes de nacer.

Así que no iba a cortarme por algo tan tonto como mi física repugnancia hacia el alcohol. Tampoco tenía con quien compartirla. Así que la borrachera primero y la subsiguiente vomitona fueron tan tristes y solitarias como el acontecimiento requería. El cava catalán fue, por lo demás, todo lo malo que era justo. Creí haber cumplido un rito personal —una especie de deuda familiar— y haber cerrado una jodida puerta que daba demasiado dolorosamente sobre el pasado. Me equivoqué. Sucede siempre con las creencias.

No era yo, era el país lo que se hundía en una hosca ebriedad de muy mal vino. Una década no bastó —como al autobiográfico personaje de Francis Scott Fitzgerald— para recuperar la visión nítida de lo que había resultado de sus planos, de sus planes. Cuatro décadas han pasado. Y aún abrir simplemente los ojos a lo que fue aquello es doloroso. Y aún decirlo es mucho más que vetado: inaudible. La Constitución española fue hecha desde los límites rigurosos que impone una derrota. Quienes ganaron la guerra civil en 1936 volvieron a ganar la «transición» entre 1976 y 1978. Fijaron pues las reglas de juego. Es lógico. Así sucede siempre: el que gana fija las reglas y los reglamentos. Al menos, esta vez fueron generosos: y a esto llamaron democracia.

¿Las consecuencias? Cuarenta y dos años de resaca nos hacen aún ver todo como dando tumbos. La ley electoral trajo robo masivo de escaños al voto ciudadano. La ausencia de un poder judicial autónomo asentó a los políticos en el crimen de Estado. La ciudadanía se pudrió en una resignación sin proyectos. Un país tibiamente encanallado. «He entrado muchas veces en este edificio», dice Trimble, «pero jamás lo he visto. Y ahora ya no tengo deseo alguno de verlo». Tal vez fuera mejor seguir borracho.

## PRIMERAS ESGRIMAS

Debíamos entonces andar ya por noviembre. 1967.

La BBC había hablado, la noche anterior, de choques con la policía en las universidades españolas. Voz quebradiza de mi madre:

«Ten cuidado, hijo, no hagas tonterías. Con el historial de tu padre, tendríamos problemas graves si te pillan metido en algo». Pero ¿quién iba a esperar ver meterse en «algo» al empollón solitario que yo era, que yo había sido desde niño?

«Tonterías...»: primorosos debates, que hubiera envidiado el más fino escoliasta bizantino, con camaradas tan solitarios y tan empollones como yo, matices sutilísimos sobre el inexorable advenir de la insurrección armada. Tonterías, solo eso: «El poder está en la embocadura del fusil». Pero Mao tenía fusiles. Y nosotros teníamos solo todos nuestros libros. Y todo nuestro miedo. No era poca cosa. El miedo es un motor temible cuando las líneas de repliegue han sido cortadas y solo la hipnosis de las líneas impresas te conforta.

Era pues, debía ser, ya bien entrado noviembre. Me recuerdo con el chaquetón de pana que iba a ser mi única prenda de abrigo durante los cinco años de carrera: acababa de comprarlo, tras dura lucha con mi madre, más partidaria del paño azul marino de toda la vida. En una anónima carpeta de cartón azul transporte, esa tarde, un modesto paquete de panfletos que debo entregar a mi contacto en el pasillo del sótano de la facultad que lleva al bar de alumnos. Algo bastante sencillo, incluso para un novato: no hay mucho riesgo de meter la pata. A la hora exacta y en el punto establecido, se planta ante mí una chica cuya autoridad al pronunciar la contraseña de seguridad me impresiona demasiado como para que me atreva a decirle una palabra. Además, se me ha insistido mucho en que las entregas de propaganda hay que hacerlas así: rápido y sin tonterías. Tiene, pienso, un año o dos o más que yo, y yo la veo asombrosamente salida de una película de Sergei Eisenstein. De hecho, ahora, cuando escribo, más de medio siglo después, su recuerdo me viene en solo riguroso blanco y negro.

Así, en blanco y negro y fumando en una boquilla a lo Louise Brooks que se me antojaba a mí de lo más *Nouvelle Vague*, la había conocido el primer día en el que entré a la enorme aula 15 de mi primer curso. No puedo precisarlo, desde luego, pero estoy más que seguro de que fue ella quien me abordó: en octubre de 1967 yo

hubiera sido incapaz de hablar a una desconocida. Mayor que yo, además: dos años son, a esa edad, el infinito. El infinito sobre una pantalla. Y así la vi. Entonces. Celuloide en blanco y negro. El celuloide se derritió. No recuerdo cuándo. Y así la he olvidado. A veces busco una secuencia de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* para tratar de reinventarla. No mentiré: fracaso. Además, Audrey Hepburn nunca envejece.

«Este tío es un facha y un gilipollas». La conversación pudo iniciarla así. Ella. Más o menos. «Este tío» era el catedrático de filosofía: aires de Charlot bombero y prestigio bien ganado de mala gente. Ratifiqué su juicio: que no supiera una palabra de aquel adefesio no me fue ningún obstáculo. No estaba muy seguro en lo de facha, dictaminé, sesudo. «Lo de gilipollas, sí, me parecía irrefutable. Pero, más bien, del área meapilas». La chica me miró con una indisimulada mezcla de estupor y simpatía: muy agradable. Yo era de lo más conciencioso entonces. Tanto casi cuanto pedante. Y, si alguien me hubiera anunciado, en esa tarde de octubre del 67, que un día sería yo quien ocupase la cátedra de aquel payaso, me hubiera desnuado de la risa.

A los quince años había sabido que me dedicaría solo a la filosofía. Hasta ese día, mi único amor había sido la matemática. Con diecisiete, lo había leído todo: eso pensaba. No me faltaban motivos para pensarlo. Dos años de metódico encierro en la biblioteca daban para bastante. Aunque la biblioteca fuera la tan limitada de la Casa de la Cultura en la Málaga de los sesenta: aquella que plantaron, con dos narices, encima de un circo romano y que ahora ya no existe. A pesar de las malas traducciones, la ediciones pésimas, los palmarios vacíos del catálogo... Pero, sí, desde luego, me bastaba y sobraba con lo leído para dictaminar que aquel tipo, para mí un perfecto desconocido, era el quintaesenciado gilipollas que me acababa de anunciar mi recién presentada amiga. «Un perfecto gilipollas... Peor aún, un ignorante». Recibí la sonrisa condescendiente de mi interlocutora como recibe un caballero la prenda de su dama en los relatos de aquella Mesa Redonda artúrica que tan-

to me emocionaba en mi adolescencia. O en los del Guillermo Brown que los invocaba en mi infancia. Creo que nunca ha vuelto a conmoverme así la aquiescencia de una dama: más bien, me ha dado miedo. «¿Por qué no te vienes a cenar a casa, oye? Mis padres están fuera. Te invito a una cerveza y hablamos más tranquilos». ¿Hubiera el cortés caballero artúrico podido rechazar esa oferta? Desde una cabina, llamé a casa para avisar de que llegaría un poquitín tarde y ya cenado. Y, por supuesto, no probé la cerveza: la detesto.

Descubrí enseguida que la dama no había tenido que abrirse paso al albur de las malsanas bibliotecas públicas. Fue lo primero que anoté mentalmente, con melancolía, nada más entrar en el piso de sus ausentes padres. Una casa humilde, aunque sobradamente amplia para los tres que componían la familia. Y una más que selecta biblioteca, con especial énfasis en la poesía española del primer tercio del siglo xx. Algún dibujo y alguna litografía en la pared opuesta a la que cubrían los anaqueles. Entré casi en trance cuando la dama me aclaró los vínculos de su padre con las vanguardias madrileñas de los años veinte y treinta. Y la ineludible condición de represaliados que les tocaron a él y a su madre en la posguerra. «Mi padre fue secretario de la Revista..., ya sabes, una de las primeras que sacaron en Madrid los del 27». Yo, desde luego, no tenía la menor idea, pero guardé un cómplice silencio aquiescente. «Hay algunas cosas bastante raras por ahí, ¿sabes? Primeras ediciones y algunos manuscritos». Pensé en mis pocos libros: los había ido trayendo de mis dos últimos veranos en el sur de Francia. Camus, Sartre, Baudelaire... Siempre en ediciones baratas. Y entendí que, más allá de las estrecheces comunes, también entre los represaliados existen clases.

Hablaba mucho. Ella. Pienso hoy, al recordar aquella tarde, que demasiado. De política, aún más que de literatura. Era, me decía yo, una manifiesta imprudencia, muy ajena a nuestros usos familiares propios... *But I like-it...* La dama se haría enseguida leyenda como la primera encarcelada de nuestro curso. No habían llegado aún las

vacaciones de Navidad del 67. No volvió por las aulas. Perdí su pista. Había sido mi primer contacto con «el Partido». Pero yo entonces ni llegué a enterarme.

## EL CHE HA MUERTO

El primer año, de los dos de «comunes» que precedían a los tres de especialización, era, en la Facultad de Letras, un caótico desembarcadero. No me sentía a gusto en aquella muchedumbre. Al principio. Sabía que, cuando pasara a especialidad, todo cambiaría: muy poca gente se iba por la rama de lo que entonces, con un innegable sentido del humor, se designaba como «filosofía pura». Pero faltaban aún dos años para eso. La enorme aula apelmazada se me hacía agobiante. La enseñanza allí, la verdad, era penosa. Pero eso, desde luego, no fue ninguna sorpresa.

Frecuentaba las primeras filas de aquel garaje académico. Así cuadraba al empollón impenitente que yo era. Fui dándome cuenta, para mi asombro, de que en aquellas primeras filas proliferaban muchísimo los aún más rojos que yo: nunca tanto empollón resultó ser tan subversivo. Era el encanto de aquel final de los sesenta. De Ámsterdam a París, de Milán a Berkeley, la insurrección —también la insurrección armada, que empapaba las comunes retóricas— estaba hecha de libros. Y de empollones. Y el día en el que todos los periódicos salieron con la foto crística de Ernesto Che Guevara muerto, en primera y a cuatro columnas, aquellos bancos primeros del aula-garaje se revistieron de funeral. «Queda Vietnam», dijo alguno fingiendo entusiasmo. «Sí, dos, tres, mil, ni se sabe cuántos Vietnams...».

No sé los otros: de todo habría. Pero yo, ni aun a los diecisiete podía tomarme en serio ese consuelo de sacristía. Cuando, meses más tarde, pude leer el *Diario de Bolivia*, tuve la certeza de que lo de Ñancahuazú había sido una chapuza imperdonable. La certeza, también, de que ningún revolucionario serio, ningún hombre en